



La Elección de Toda la Vida

Cuando Caleb Cunningham dio un paso adelante para ser ordenado diácono el 25 de Junio, recordé que hace 29 años cuando yo hacía lo mismo.

De pie en el vestíbulo con el Arzobispo antes de Misa, me sentí como un novio a punto de entrar para encontrarme con su novia en el altar. Ahí es cuando me di cuenta: la próxima vez que estuviera en ese lugar dos horas después, sería un hombre cambiado—cambiado para siempre. Como un novio, entraría a la iglesia sin compromiso y saldría comprometido. Un novio se confía a su novia; yo me comprometería con el Señor.

Casados y célibes recorren diferentes caminos de la vida, por supuesto, pero ambos partieron del mismo punto de partida dramático: su sagrada promesa pública ante el Dios siempre fiel. Este momento en la ceremonia marca el punto de retorno en sus vidas. El novio le promete a su novia, "Prometo serte fiel"; y ella hace eco de sus palabras a él. En el día de la promesa del diácono, responde "Sí, quiero" a la pregunta que le hizo el obispo ante la gente: "¿Resuelves . . . permanecer célibe por el bien del Reino de los Cielos?"

Los tres salen de la iglesia atados a una promesa de fidelidad de por vida--los cónyuges entre sí, el diácono a la Iglesia. Los tres salen en compañía de una Guía Invisible—el Dios Quien le promete a Su Pueblo una y otra vez, "Yo estaré contigo".

El esposo y la esposa viven su promesa en una vida "desbordante para Dios" en sus hijos. Pero cuando Caleb Cunningham dijo "sí" al celibato el 25 de Junio, él entregó su libertad para formar una unión de una sola carne como esposo y padre. Él decidió vivir una vida "vacía para Dios" para el resto de sus días, confiando en que el Cristo Quien lo llamó, llenará su vacío con amistad—amistad con Dios, con sus compañeros sacerdotes, y con la personas a las que sirve.

En lo profundo del corazón de cada ser humano, yace un anhelo de saber y conocer que nadie más que Dios puede satisfacer, el Dios-Hombre Jesucristo Quien nos llama Sus "amigos". Un sacerdote célibe, ordenado para estar "vacío para Dios" como lo estuvo Jesús, como lo estuvo San Pedro, le recuerda a los hombres y mujeres casadas que busquen y encuentren este vacío espiritual en sí mismo y entregárselo intencionalmente a Dios para que lo llene—es decir, practicar el celibato ellos mismos en todas las relaciones excepto que con su cónyuge.

Pero la promesa matrimonial de "desbordarse para Dios" complementa también la promesa del celibato y le brinda un apoyo invaluable. Porque si no quiere vivir una vida egoístamente hacia adentro, un sacerdote célibe necesita emular la vida vivida desinteresadamente por esposos y esposas formadores de familias.

"Ellos no tienen vino", la Virgen María le dijo a su célibe Hijo en la boda de Caná. "Llenen los recipientes hasta el borde", Él respondió; y la alegría desbordó los vasos de los invitados.